Entre la física y la metafísica

A través de una abundante correspondencia, durante breves encuentros fuera del país, en reiteradas visitas a su vieja casa de Santos Lugares y hasta telefónicamente, Carlos Catania ha sostenido con Ernesto Sábato un diálogo personal durante más de veinte años. El resultado es el presente volumen, publicado en francés con el título de *Mes fantômes,* y en castellano, *Entre la letra y la sangre.*

¿Quién es verdaderamente Sábato? ¿qué le ha preocupado hasta el fondo a lo largo de sus 78 años de vida? ¿cuáles han sido sus móviles, sus intereses auténticos, sus puntos de referencia?. Estas son las trascendentales preguntas que Catania se plantea, y a las que consigue ir dando sustanciosas respuestas, a lo largo de algo más de ciento cincuenta páginas.

«Sábato es un hombre terriblemente conflictuado, inestable depresivo, con una lúcida conciencia de su valer, influible ante lo negativo y tan ansioso de ternura y de cariño como podría serlo un niño abandonado. Esta necesidad casi patológica de ternura hace que comprenda y sienta de tal manera a los desvalidos y desamparados. Pero también —y debo subrayar que cada vez menos— es arbitrario y violento, y hasta agresivo, aunque creo que estos defectos son producto de su impaciencia»... Es Matilde Kusminsky-Richter, esposa del escritor, quien así se expresa cuando Catania le preguntaba, hace unos veinte años, acerca de su esposo.

Y Sábato dice de sí mismo: «Siempre he sido hipercrítico, autodestructivo y depresivo. Los momentos de depresión en mí ocupan la mayor parte de mi existencia, momentos en que todo me parece horrible; la sociedad en que vivimos, espantosa, y en que se me ocurre que es casi imposible comunicarme con los otros, como si habláramos lenguas distintas o como si estuviéramos gritando desde islotes diferentes y tratando de ayudarnos con gestos.»

Raíces profundas

«¿Cómo eran sus padres?». Es una de las primeras preguntas clave que Catania expone a su entrevistado. «Mi madre era una mujer excepcional, —responde Sábato—, muy posesiva, al menos conmigo... Mi padre era más arisco, áspero, violento. Transcurrieron muchos años, sufrí muchos golpes, perdí grandes ilusiones y conocí a multitud de gente antes de estar en condiciones de recuperar a aquel padre al que le tenía terror, casi diría un terror sagrado. Comprendí finalmente que detrás de su aspereza había un hombre esencialmente bueno y puro. El camino hacia nuestro yo es muy largo, pasa por seres y universos remotos. Pero, como casi siempre ocurre, uno llega demasiado tarde a esa comprensión.»

Los padres de Ernesto Sábato eran emigrantes, llegaron a Argentina a finales del siglo pasado. El fue el décimo hijo, todos varones, y llegó al mundo cuando acababa de morir Ernesto, su hermano inmediatamente mayor. Y le pusieron el nombre del muerto... «Mi madre se aferró a mí —dice—, creo que con desesperación. Era muy austera y estoica, absolutamente reservada, pero tenía infinita capacidad de amor. Eso quizá me hizo mucho mal.»

A los doce años sufrió su primer despegue, cuando lo enviaron a la ciudad de La Plata a hacer el bachillerato, lejos de su madre.

«Me sentía aislado en el aula —dice Sábato—, me sentía ridículo, un chico de pueblo, de campo, sentía que el mundo era hostil y horrible, imperfecto. Hasta que asistí por primera vez a la demostración de un teorema de geometría. Sentí una especie de éxtasis, descubrí un mundo perfecto y exacto, hermoso e incorruptible. No sabía que acababa de descubrir el universo platónico. Entonces, en aquel momento maravilloso se inició una nueva etapa en mi vida, señalada por una eterna lucha entre las tinieblas y la luz, entre el mundo de los hombres y el universo de las ideas».

Para resistir la existencia

Catania comenta, cómo en cierto modo, envidia a los escritores que hablan de su trabajo como si fuera un juego, incluso un juego divertido, que proporciona satisfacciones mundanas. Sábato contesta de inmediato: «Para mí nunca ha sido un juego, lamentablemente. Yo no escribí para ganar dinero, ni premios, ni por la vanidad de verme impreso. Puede parecerle excesivo, pero escribí para resistir la existencia. Por eso mis libros son tan desagradables, y no se los recomiendo a nadie. Más aún: vigilé cuidadosamente que mis hijos no los leyeran, al menos mientras mantuve esa posibilidad, mientras eran adolescentes.»

Catania advierte que a menudo, Sábato, al hablar de temas que pueden considerarse «normales», se enfurece. Mientras que, a veces, cuando bucea en zonas tenebrosas, sale a relucir su sentido del humor. Dice entonces: «Creo que su vida ha sido, y es, un agotador oscilar entre el día y la noche, entre la física y la metafísica, entre la idea y la sangre.»

Y Sábato responde: «Escribir es un desgarramiento, una oscura condena.» Probablemente es de todos sabido, pero tal vez viene bien recordar que Ernesto Sábato nació en Rojas, provincia de Buenos Aires, en 1911. Hizo su doctorado en Física y cursos de Filosofía en la Universidad de La Plata, trabajó en radiaciones atómicas en el Laboratorio Curie y abandonó definitivamente la ciencia en 1945 para dedicarse exclusivamente a la literatura. Ha escrito varios libros de ensayo sobre el hombre en la crisis de nuestro tiempo y sobre el sentido de la actividad literaria. Los títulos más significativos son *El escritor y sus fantasmas* y *Apologías y rechazos.* Sus tres novelas, *El túnel, Sobre héroes y tumbas* y *Abaddón el exterminador,* han sido admiradas por los escritores de primera fila de todo el mundo. En 1983, fue elegido Presidente de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, creada por el Presidente de la República Argentina, Raúl Alfonsín. El resultado de las tareas de dicha comisión fue el impresionante volumen titulado *Nunca más,* conocido como *Informe Sábato.* En 1984, Ernesto Sábato obtuvo el Premio Cervantes.

Arte y justicia social

En estas entrañables conversaciones mantenidas con Carlos Catania, Sábato recuerda como un paso fundamental en su vida el despertar de la conciencia de la injusticia social, el descubrimiento de un mundo de explotación y de países oprimidos: «Había dos muchachos de famillia anarquista en mi división: uno se llamaba Grinfeld y otro Prina. Prina terminó su vida en la Guerra Civil Española, pero eso fue años después. Me refiero a mis años de secundario, entre 1924 y 1929. Por ellos entré en un recinto secreto y maravilloso; nos sentíamos como elegidos, hablábamos con entusiasmo durante horas y horas, leíamos folletos que hablaban de la buena nueva, participábamos de de manifestaciones callejeras por Sandino y por Sacco y Vanzetti, corridos por la policía. Todo esto mezclado a mis lecturas de los escritores románticos, mi primera gran pasion literaria. No sólo Chateaubriand sino también Von Kleist, *Los bandidos,* de Schiller, libros así... Se abría ante mí un mundo fascinante y dramático...»

A lo largo de su vida y en el contenido de su obra, Sábato no se ha cansado de expresar, cómo para la abolición de injusticia social el mundo de la literatura no sirve, que hay otros instrumentos, esencialmente políticos. En el presente libro lo manifiesta así: «Subestimar o desechar una obra de arte porque no contribuye a esa lucha es un acto de locura. Cada vez que esto sucede hay que recordarles a los muchachos y chicas preocupados por la cuestión social que un conocido revolucionario llamado Karl Marx admiraba a Shakespeare, recitaba fragmentos de sus obras de memoria, conocía a fondo la lírica inglesa y la alemana, veneraba al poeta Goethe, consejero de corte y ultrarreaccionario, y consideraba modelo de novelista al monárquico Balzac. No era, por lo visto, partidario de destruir la obra de esos conservadores en nombre de la revolución social.»

«Personalmente, creo —acaba diciendo— que si un solo niño se muere de hambre, esto cuestiona hasta la existencia de Dios, me parece uno de los hechos más tristes y abominables de la existencia humana; pero me cuido muy bien de echarles la culpa a los artistas que mientras ese niño muere de hambre construyen las más grandes obras del espíritu humano, contribuyendo así a la elevación y dignificación del espíritu de la especie. Es absurdo considerar a un gran artista como un traidor y hasta como un cómplice de la injusticia social porque con su arte no promueve la revolución mundial.»

Para Sábato los grandes artistas pertenecen a la categoría de los héroes y los santos, sus obras se levantan sobre la sangre y el estiércol de esta triste humanidad como inmaculadas estatuas que miden hasta dónde puede llegar el espíritu humano.

Por esto le resulta curioso que muchos partidarios de la justicia social quieran sacar al hombre de la pobreza física, pero que en cambio, de una manera extraña, al menospreciar las grandes obras de arte porque no están al alcance del entendimiento de la personas más humildes, practiquen otra especie de injusticia social.

«Ellos —dice entonces—, más que nadie, deberían luchar para que un día cualquier hombre, por pobre que haya sido su cuna, si tiene sensibilidad adecuada pueda oír y comprender *La pasión según San Mateo* o los últimos cuartetos de Beethoven.»

Sábato está convencido de que la liberación material es indesligable de la liberación

espiritual. Así pues, no se trata de bajar el arte al nivel de la simple propaganda: se trata de elevar al pueblo hasta las máximas alturas del espíritu.

Sus profundas crisis

Al finalizar su doctorado en físicas, el escritor argentino sufrió una de sus más hondas crisis al tomar conciencia de que la ciencia, salida de algo hermoso como las matemáticas puras, estaba desencadenando la más profunda crisis del hombre, la de su alienación tecnológica. «La sentía culpable —dice— de una creciente deshumanización, al proscribir el pensamiento mágico y quedar únicamente con el pensamiento lógico.»

En su opinión, los sabios de la física atómica, preparaban sin saberlo el apocalipsis nuclear, aparte de ser los responsables de la alienación tecnolátrica. Por esto también decidió acercarse a los surrealistas, porque representaban el extremo opuesto a la razón. Así, en la obra de Sábato se detectan claros rastros del surrealismo, de la matemática y también del anarquismo.

«No podría ser de otro modo —dice él mismo—. Todo lo que uno ha amado intensamente deja rastros importantes.»

Cuando abandonó la física para dedicarse a la literatura, Sábato tuvo que oír del profesor Guido Beck, discípulo de Einstein, la acusación de que se estaba entregando al charlatanismo, pero esto no le achantó. Hoy comenta al recordarlo: «Toda esa gente olvida que el hombre no es una sinusoide, ni un poliedro, ni una máquina, sino un ser vivo, dotado de alma y espíritu, propenso a las mitologías y tan contradictorio, tan ajeno al principio aristotélico de identidad que hasta es capaz de inventar una doctrina que le niega ese carácter contradictorio.»

El escritor argentino tiene muy claro que el arte no se hace con razones, porque no se hace sólo con la cabeza: se lleva a cabo con todo el cuerpo y fundamentalmente con la sensibilidad, las «razones del corazón». Piensa que tratar de entender una obra de arte es más o menos como querer reducir a razones puras el odio, la guerra, el amor, los sueños. Sobre todo los sueños. «El arte —dice— tiene mucho que ver con los sueños, con esos mensajes que vienen desde el fondo de nuestra inconciencia: disparatados, contradictorios, irrazonables.»

El sueño, la mitología y el arte tienen una raíz común: provienen de la inconciencia y manifiestan, o mejor, revelan, un mundo que de otro modo no puede expresarse.

Pensamiento lógico y pensamiento mágico

En el transcurso de una de las conversaciones, Sábato cita a Lévy-Bruhl, un sabio honesto que después de cuarenta años tuvo que admitir que no hay progreso del pensamiento lógico sobre el pensamiento mágico, sino que ambos coexisten aún en el hombre de hoy. «¿No es el sueño, puro pensamiento mágico?, —se pregunta—, ¿Y la poesía?.»

Una vez manifiesta su convencimiento de que la idolatría científica nos ha llevado a la tremenda crisis espiritual de nuestro tiempo, y que ahora, como diría Schopenhauer, el progreso es reaccionario y la reacción es progresista. «Y cuando hablo de reacción —añade—, por favor, no me pongan de lado de los partidarios de la injusticia so-

cial: quiero antes que nada justicia social y libertad, pero no quiero alienación tecnológica.»

Acerca de los creadores, el autor argentino tiene una teoría que se puede resumir así: lo que los seres normales experimentan en sueños, otros, que debemos llamar anormales, lo sufren en plena vigilia: son los locos, los videntes, los místicos y los artistas. «Pero cuidado -añade—, en el caso de la locura: la esencial diferencia es que el escritor puede ir hacia el mundo de la locura y retornar, lo que no sucede con el loco estricto.»

«En el loco sería un estado y en el escritor una visita», apostilla Catania.

Al referirse de nuevo al pensamiento lógico y al pensamiento mágico, el entrevistado insiste en que casi nada de lo más importante del hombre es apto para la lógica: ni los sueños, ni el arte, ni las emociones, ni los sentimientos, ni el amor, ni el odio, ni la esperanza, ni la angustia. Es el sueño el que evita que la raza humana entera desaparezca presa de la locura.

«Lo mismo pasa con las novelas —insiste—, que son sueños que el artista se ve condenado a sufrir para que la comunidad no se disuelva.»

La verdadera sabiduría

La educación es uno de los temas que siempre han preocupado a Sábato, por eso Carlos Catania decide dedicarle una extensa entrevista, en la que el entrevistado, entre otras muchas manifestaciones interesantes, dice: «Nada de enciclopedismo muerto, nada de catálogos de nombres y fechas de batallas y nombres de montañas, sino la viviente y conmovedora hazaña del hombre en su lucha contra las potencias de la naturaleza y las frustraciones físicas y espirituales. No información sino formación».

También está convencido de la necesidad de revalorar el aprendizaje de la «sabiduría», pero no la de los sabios de laboratorio, sino la de los sabios en vida y muerte. Nos habla entonces de esa sabiduría que no nos habilitará para construir un Boeing pero nos servirá para convivir, para comprender a los que están cerca y aún a los que están lejos, para aceptar las desgracias con coraje, para tener mesura en el triunfo, para saber qué debemos hacer con el mundo; para envejecer con grandeza y para morir con humildad.

En una de las últimas conversaciones el entrevistador hace una serie de preguntas claves para que el lector conozca un poco más a fondo la ríquisima e interesante personalidad de este casi octogenario argentino.

«¿Qué es lo que más detesta en el mundo?»

«Las pasiones menores y vergonzosas: esa hermana despreciable de la prudencia que es la cobardía, esa especie de caricatura del orgullo que es la vanidad, ese pariente pobre y resentido de la admiración que es la envidia.»

En cuanto al don natural que quisiera tener, no duda al responder: «La bondad absoluta.»

Ernesto Sábato es un gran hombre, al que esperamos incluir algún día, con todas las bendiciones, en la categoría de los héroes y los santos.

Isabel de Armas